

COMENTARIOS A LA PONENCIA DE SANDRA SCHNEIDERS “LA VIDA RELIGIOSA EN EL FUTURO”

Bárbara P. Bucker, mc

La contribución de Sandra Schneiders es rica y sugestiva. Quiero destacar esa riqueza y aportar de mi parte lo que ha surgido en mí, desde el contexto en que vivo la Vida Religiosa.

Primera parte

Considero un verdadero acierto partir del concepto de “mundo” con la variedad de sentidos que tiene el Evangelio de Juan. Este punto de partida nos permite situar la Vida Religiosa dentro de la gran misión fundamental, la del Padre Madre Dios que envía su Hijo al mundo. El dogma de la Encarnación es el de la humanización de lo divino en lo humano de Jesús, por eso la Iglesia puede sintonizar con todo lo humano, porque Dios lo hizo primero con su Hijo.

El destinatario del amor del Padre es el mundo como humanidad amada, pero en este momento de la historia en el que las relaciones humanas se vuelven muy complejas y tienen cada vez más características estructurales. Esto permite situar los votos, –signo de ese amor en Cristo– en el contexto de las estructuras del mundo, económicas y políticas.

Creo que aquí hay un paso muy audaz, porque si los votos responden, por una parte, a las estructuras relacionales fundamentales de todo ser humano, son vividos, por otra parte, en contextos muy particulares en donde la riqueza, el poder y la vida afectiva revisten formas y dependencias de las complejas estructuras de la sociedad. La Vida Religiosa comparte con todos los creyentes la inculturación del Evangelio, por el cual manifestamos nuestro estar en el mundo, y a la vez nuestro no ser del mundo, porque en ocasiones esa inculturación significa movimiento contra-cultural y profetismo. La novedad de la Vida Religiosa va más allá porque quiere organizar por su vida comunitaria un espacio colectivo de convivencia que encarna un modo alternativo de vida, y que por una economía de gratuidad interpela una economía de lucro que acumula riqueza y se olvida de los necesitados; que por un modo de ejercicio del poder como servicio que hace crecer la libertad de todos, interpela el poder que oprime y que esclaviza negando la libertad de los subordinados. Es evidente que detrás de este profetismo ante lo económico y lo político, se encuentra la pasión por el Reino de Dios, fuente y sentido de la castidad consagrada.

Otro gran acierto es entender los votos como parábolas; esta aproximación va más allá de lo jurídico, para volver al valor simbólico tan central en el Evangelio de Jesús. Por tanto nuestros votos son parábolas, relatos que se abren a nuevos relatos, decisiones que se multiplican en forma creativa en muchas decisiones.

La parábola apela y estimula la libertad porque no es una definición conceptual ni una ley de orden jurídico, sino una narración de vida. La Vida Religiosa es ante todo vida, y la vida debería ser paradigma para entender todo proceso de permanente interacción

entre el ser vivo y su medio. Todo ser viviente tiene la capacidad de adaptarse a su medio, y si no lo hace muere. La adaptación supone un polo de identidad que se ve confrontado por otro polo de diferencia. El desafío de la Vida Religiosa del presente y del futuro es realizar la asimilación de la diferencia en la afirmación de la propia identidad, pero de una identidad renovada, vitalizada, enriquecida porque la diferencia hace crecer y estimula la vida cuando se sabe integrarla y no rechazarla por el miedo o la angustia.

Hay algunas corrientes que ven con pesimismo el futuro de la Vida Religiosa; por eso me gusta la formulación de Sandra, hablar de la Vida Religiosa en el futuro. Siento en ella la misma preocupación que he encontrado en algunas teólogas europeas y latinoamericanas como Mercedes Navarro y otras. De alguna manera entre nosotros religiosos y religiosas vivimos la angustia que Jesús cuestiona en el Evangelio: “¿qué comeremos?; ¿qué vestiremos?”. Así nosotras/os: “¿cuántos jóvenes vienen a la Vida Religiosa?; ¿Cómo mantendremos nuestras Obras e Instituciones?”.

Es justa la sana preocupación por ser responsables del futuro, pero sin olvidar que las flores y los pájaros nos dicen cómo Dios Padre Madre vela por ellos, y lo que el Padre nos pide es preocuparnos por nuestra dedicación al Reino, pero en el momento presente en el que nuestra luz debe iluminar la oscuridad de hoy. La total dedicación al Reino es la medida del sentido de nuestra vida. Por eso, tal vez debamos dejar las medidas cuantitativas y pensar más en las cualitativas; tal vez tengamos que pensar menos en mantener nuestras instituciones pasadas y pensar más en ser creativos de nuevos caminos.

La historia de la Vida Religiosa muestra estas crisis y su superación por nuevas etapas marcadas por la creatividad. Al modelo tradicional de vida consagrada entendida como vida monástica como oferta de vida contemplativa que atrae a los cristianos a vivir el culto y alabanza de Dios, sucede otro modelo de las órdenes mendicantes como salida hacia el mundo para compartir la vida de los más pobres y evangelizarlos. A su vez las congregaciones misioneras dejan sus países de origen, sus seguridades, para la aventura de inculturar la fe en otras culturas. En los tiempos modernos Carismas religiosos son interpelados por la atención a los jóvenes por la educación, sobre todo cuando se encuentran abandonados y marginados por falta de recursos; la atención a los enfermos por los hospitales, en una época en la que los Estados no habían asumido su responsabilidad por la salud de los ciudadanos y los enfermos sólo encontraban ayuda en organizaciones religiosas de caridad.

Recordando esta historia vemos como constante una interpelación desde fuera que ha hecho brotar el Carisma, pero también, por dentro, conflictos y frenos en la permanente tensión entre Carisma e Institución. ¿Nos acordamos de la época en que una congregación religiosa femenina dedicada a la enseñanza, tenía que hacer entrar a sus alumnas dentro de la clausura del convento para poder enseñar? Los moldes institucionales de una concepción monástica chocaban con el carisma del espíritu apostólico. ¿No sufrió San Vicente de Paul porque quería que sus hermanas encontraran a Dios en los enfermos? ¿No se resistió Ignacio de Loyola a someter el carisma de una vida apostólica a las exigencias del coro de la vida monástica?

Las lecciones del pasado pueden ayudarnos, pero debemos entender el modo cristiano de mirar al futuro, como explicaré más adelante. La crisis de la Vida Religiosa no se

arregla desde fuera, como si fuera un aparato, sino desde dentro, haciendo resurgir la Vida y reconocerla en los signos en donde se manifiesta. Y aquí encontraremos la inevitable tensión entre el Carisma y la Institución. Difícil equilibrio entre ambas, pero necesario.

Para mantener esa tensión pero en forma vitalizante tenemos que optar por una eclesiología que ponga más a la Iglesia entera en comunión con Cristo y que subraye la unidad no por las normas que se obedecen, sino por el amor profundo con que se ama. Necesitamos volver a la intuición paulina de la Iglesia esposa de Cristo Esposo, porque destaca de modo total que la relación es del amor y no de las leyes ni de la institución. La Vida Religiosa debe vivir de esta convicción; si no hay pasión por Cristo, las reformas jurídicas y las planificaciones apostólicas no renovarán la vida consagrada.

Segunda parte

Quiero con sencillez aportar lo que esta ponencia ha ido suscitando en mí. La primera reflexión es entender de modo nuevo una vieja expresión “fuga mundi” que hoy no tiene ningún sentido. En primer lugar porque el mundo es ese espacio donde vive la humanidad, que es amada por Dios el Padre Madre en la entrega de su Hijo. Pero Juan nos habla también del “mundo” como espacio del que Jesús pide al Padre Madre Dios que preserve a sus discípulos/as. La idea de seguir a Jesús apartándonos del mundo considerado como un “espacio”, no tiene sentido y refleja un cierto maniqueísmo. Inclusive el concepto de “clausura” que separa el espacio de la Vida Religiosa del mundo, ya no tiene vigencia si es que se aceptan dentro del convento los aparatos de televisión.

Pero ¿no será fecunda esa categoría de la “fuga mundi”, en el sentido temporal? ¿Acaso no es vivir de la Esperanza de la Resurrección una verdadera *fuga mundi* que nos arranca de las seguridades visibles que ansiosamente estamos buscando para tranquilizar nuestras conciencias? ¿Acaso no estamos contemplando una historia que se perfecciona para que exista “más de lo mismo”, es decir, injusticias más sofisticadas, aparatos de muerte más letales, explotación del trabajo ajeno más sofisticado detrás de estructuras anónimas, exclusión generada de poblaciones enteras cada vez más numerosas?

Fuga mundi significa, por tanto, no la fuga de un espacio secular para ir a otro sagrado, sino la fuga del tiempo de instalamiento que busca ante todo conservar el pasado y que por ello no consigue ni entender un mundo que cambia con rapidez, ni abrirse a nuevos caminos. La itinerancia para salir espacialmente del mundo debe transformarse en itinerancia hacia el futuro.

La mirada hacia el pasado es importante, allí están las raíces, pero en los eventos salvíficos y no en los productos históricos que fueron interpretaciones de estos eventos válidos para esa época. Cristo es de ayer, es Cristo hoy y es Cristo para siempre.

La mirada al futuro es esencial para ser humano. Porque la vida es permanente crecimiento. Pero hay dos modos de hacerlo: para unos el tiempo es entendido como “chronos”, medido por partes iguales, que los seres humanos podemos controlar gracias a la tecnología. La esperanza “cronológica” del mundo, por desgracia no es ni integral (no abarca todo el ser humano), ni solidaria (no se extiende a todos los seres humanos) Es el fruto de una economía de bienes de mercado y de poderes de imposición.

La Vida Religiosa es signo de otro modo de esperar el futuro, donde no hay medida del tiempo cronológico sino “kairológica” es decir, referida a los eventos en que Dios nos revela sus promesas y las realiza. Es un futuro no controlable por recursos propios sino que se espera de la fidelidad de Aquel que nos hizo la promesa; es un futuro que, a veces, parece ser negado por las evidencias del presente, y que requiere por tanto una “pascualización” de nuestra historia, es decir, asumir el sufrimiento de la humanidad, luchando junto a ella para mejorar la historia, y esperar por la única y definitiva razón de que Cristo ha resucitado y ponemos en Él nuestra esperanza. Es un futuro donde se revelará la sabiduría de la economía del don y de la gratuidad, y de la autoridad como servicio a la libertad. Un futuro que saben esperar los que dependen de las palabras, de la amistad, del apoyo de otros, y sobre todo de la promesa del Resucitado: “estaré con vosotros hasta el fin del mundo”.

La Vida Religiosa en el futuro tiene que ser contestación para la esperanza cronológica en la ciencia y en la técnica, como propuesta alternativa de la Esperanza Kairológica en la confianza en promesas que vienen sobre todo de Dios pero que se han hecho Encarnación viva en los seguidores de Cristo. La primera esperanza es de pocos y de ricos; la segunda esperanza es de todos, ricos y pobres, y al alcance de todos porque hay un amor universal de Dios que a todos nos incluye.

Finalmente quiero volver sobre el tema de la pobreza que Sandra ha presentado. La pobreza religiosa se mide no tanto por relación a las cosas por una buena administración o por perfección individual de desprendimiento, sino por relación con las personas, a los pobres y sobre todo a Cristo pobre en ellos.

Nuestra pobreza religiosa no se aísla en sí misma, nos inscribe en las relaciones del Reino de Dios y por tanto nos convierte a los pobres de este mundo que revelan las estructuras excluyentes del anti-Reino. Si la pobreza religiosa es, en última instancia, un problema de relación con los pobres y con Cristo, llegamos entonces a la esencia de una economía del don y de la gratuidad.

Quiero referirme al final a la extraordinaria enseñanza del Papa Juan Pablo II en *Novo milenio ineunte*, 49, en un contexto referido a “apostar por la caridad”. Para la vitalidad de la Vida Religiosa en el futuro, este texto es de importancia excepcional. El Papa dice: “El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres” y lo que dice a continuación es precisamente sobrepasar esa caridad para llegar a la contemplación del misterio de Cristo y de la propia Iglesia. “Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse”. Para ello el Papa cita el texto de Mt 25, 35-36, y añade: “Esta página no es una simple invitación a la caridad, es una página de la cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia”

La parábola del juicio final, en Mt 25, es la parábola por excelencia de la economía de la gratuidad; hay dones materiales de comida y bebida, vestido, hay dones de presencia gratuita con enfermos y encarcelados, pero, sobre todo un camino para entender el misterio de Cristo, de su Reino y de la Iglesia. (NMI 49)

Es una “página de cristología” que debe servir para que la Iglesia revise su ortopraxis. Con profundo contenido teológico esta “página de cristología” es a la vez “página de eclesiología” y nos permite entender en forma clara que jamás una eclesiología que no esté centrada en Cristo, podrá ser fuente de nuestro servicio a la Iglesia y el mundo. Pero lo importante es que tanto la cristología como la eclesiología son profundizadas en el pobre, -reconocido como misteriosa presencia del Esposo- y por ello, la Iglesia se reconoce a sí misma como lo que ella es en lo profundo de su ser, Esposa del Señor.

Cuando los tratados de libre comercio, proliferan por todas partes y no recogen el clamor de los pobres, ni la preservación de la naturaleza, me pregunto si estos hechos clamorosos no serán la llamada de Dios que inspiró a Don Bosco a fundar una congregación religiosa a atender a los pequeños abandonados en la casa parroquial bajo cuidado de su madre. Necesitamos contemplar a los pobres de nuestro mundo, no por sociologismos trasnochados, sino por simple fe cristiana y de acuerdo con la enseñanza del Papa, para renovar la Vida Religiosa en el futuro dentro de ese gran movimiento de renovación que se darán cuando Cristo Esposo e Iglesia Esposa hayan mirado conjuntamente a los pobres.

Si renovamos el sentido de nuestros votos renovaremos también el sentido de la Vida Religiosa y ella “tendrá futuro”. La Vida Religiosa es forma particular de vida eclesial, que, por el voto de pobreza, se abre a una particular sensibilidad para encontrar a Cristo en los pobres y para que la Iglesia lo reconozca allí, en el proceso mismo de su conversión al Esposo como la Esposa. Por otra parte el voto de castidad nos permite desarrollar un sentido de sponsalidad humana y espiritual que mantiene la esencia de toda sponsalidad, es decir el “ser para otro”, desde las raíces del “ser en sí”. Juan Pablo II ha explicado en forma maravillosa este concepto de sponsalidad que muestra a la vez las exigencias de la vida conyugal en el matrimonio y de la consagración de la castidad en la Vida Religiosa. Finalmente el voto de obediencia es ante todo la acogida del proyecto que el Padre Madre Dios tiene sobre la vida y la historia humana para transformarla en su Reino.

Nuestra auténtica fidelidad a la Iglesia es trabajar con toda nuestra vida y corazón para que ella sea fiel a Jesucristo. Porque la Vida Religiosa no es sólo manifestación de un estilo de vida dentro de la Iglesia, sino al mismo tiempo, resultado de una entrega total y personal a Cristo, por causa del Reino. La Vida Religiosa no se comprende sin la referencia cristológica y eclesiológica a la vez; en la convergencia del Esposo, Cristo y de la Esposa Iglesia, es donde encontramos el verdadero sentido de la pobreza, no como práctica ascética sino como gesto de servicio.

Ahora bien, si en algo el futuro de las mayorías empobrecidas del mundo parece oscuro y triste, es porque a corto y mediano plazo no se ven posibilidades de que los pobres de este mundo puedan ver el futuro con esperanza; no ciertamente con la esperanza cronológica; tal vez sí, con la esperanza kairológica, si la Vida Religiosa se redefine a sí misma en el encuentro de Cristo, Iglesia y Pobre.

Si Cristo está en los pobres la opción por el pobre es una riqueza para la Iglesia. Dejar de optar por él es empobrecimiento porque una fecunda relación humana con el hermano y hermana necesitados ha sido dejada de lado por la indiferencia. El indiferente se hizo pobre a sí mismo, porque “se empobreció del otro” con todas las

riquezas de que este otro es portador, y entre ellas la riqueza más importante, de ser camino para entender el misterio de Cristo y de su Iglesia.

Fuente (26/02/2012):

http://www.tlatlalchipahua.maristas.edu.mx/24_5.htm